**  
EL SABOR DE LA ESCUCHA Y DEL PAN COMPARTIDO**

**CAMPAÑA VOCACIONAL 2018**

**Retiro**

**Comunidades Salesianas.**

**Retiro para las comunidades salesianas en el contexto   
de la Campaña Vocacional 2018**

**1.- Claves y referencias**

El relato evangélico de la Samaritana (Jn 4) y el del relato de Emaús (Lc 24), son iconos claves para entender el acompañamiento y discernimiento con estilo salesiano.

La **samaritana** es el icono usado por el Rector Mayor en su **Aguinaldo 2018**, para desarrollar “el arte de escuchar y acompañar”. Ha sido objeto también del retiro propuesto a las comunidades para Diciembre. En dicho retiro, se proponía “sentirse personalmente acompañado por Jesús” a través de la lectura orante del episodio evangélico.

El relato de **Emaús** fue el icono del **Capítulo General XXIII**, en el 1990, al hablar del arte de educar en la fe a los jóvenes. Es también este relato el escogido para ofrecer las claves para el **Proyecto Inspectorial de Animación Vocacional** que se presenta a las comunidades educativo-pastorales a partir del mes de enero de 2018. En este retiro asociado a la Campaña Vocacional se propone precisamente “sentirse comunitariamente acompañado por Jesús”, a través de la lectura orante de este episodio.

También está presente en esta reflexión sobre el camino de Emaús la **Campaña Pastoral** de este curso: “El sabor de la felicidad”, con la imagen de la mesa preparada. El segundo póster de la misma nos muestra al *cocinero* que, en el relato que analizamos, es Jesús que nos acompaña, nos enseña y finalmente nos parte el pan para conseguir que arda nuestro corazón y nos sintamos felices y dispuestos a dar testimonio de nuestra fe.

La palabra **Felicidad empieza con *Fe***. Es la fe en Jesús, perdida y posteriormente recuperada por los discípulos de Emaús, tras el camino realizado en su compañía. Él les acompaña desde la escucha y el discernimiento desde la Palabra, para terminar alrededor de la mesa del reconocimiento del Resucitado.

Se trata en este retiro de **leer y rezar Lc 24, 13-36** desde la perspectiva de sentirnos, desde la fe, personal y comunitariamente acompañados por Jesús que hace *arder nuestro corazón* escuchando su Palabra, y nos induce a dar testimonio vocacional de lo que hemos visto y oído y de cómo *lo hemos reconocido al partir el pan.* Nos acompañarán también continuas referencias en este mes de enero, mes de D. Bosco, del propio texto de las Constituciones (C) que constituyen el camino sdb de nuestro seguimiento de Cristo.

La **dinámica** a seguir es del estilo de la *Lectio Divina*:

-Canto inicial (“Andando por el camino”, por ejemplo, las dos primeras letras),

-Lectura seguida de Lc 24, 13-36 desde un ejemplar de la Biblia o del leccionario,

-Relectura-comentario-oración personal, en varios momentos, siempre con el mismo esquema: un lector relee una frase del texto / quien dirige la experiencia hace un comentario sirviéndose de las sugerencias que aquí se ofrecen o de otras reflexiones propias / se deja un breve tiempo de silencio / se pasa al momento siguiente.

-Canto final (última letra de “Andando por el camino”), con las frases evangélicas y las preguntas de la reflexión (Anexo).

-Se continúa la oración personal en el lugar donde se está, o en cualquier otro, elegido libremente, citándose para el próximo encuentro (celebración penitencial, eucaristía).

**2.- Personas y comunidad en camino**

Aquel mismo día, dos de ellos **iban caminando** a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; **iban con conversando** entre ellos de todo lo que había sucedido.

Dos miembros de una pequeña comunidad de discípulos de Jesús, van de camino tras los sucesos pascuales. Parecen estar de vuelta de una situación que prometía, y que, aún siendo distintos, les había unido en un mismo grupo de seguidores. En el camino que como comunidad hacemos, como aquellos discípulos de Emaús, no podemos olvidar que…

*Somos* una comunidad formada por *personas:*

-Con lecturas de la vida y enfoques convergentes y divergentes,

-Que no nos hemos elegido para caminar juntos,

-Con funciones complementarias, con incumbencias todas ellas importantes (C 44), y responsables de una misión común (C 45).

*Vivimos* en una *comunidad* en la que:

-Vivir y trabajar juntos” es exigencia fundamental y camino seguro de realización vocacional (C 49),

-Cada hermano se “compromete a construirla y a amarla aunque sea imperfecta, porque sabe que en ella encuentra la presencia de Cristo (C52).

**3.- Jesús toma la iniciativa de acompañarnos**

Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona **se acercó y se puso a caminar con ellos.**  Pero **sus ojos no** eran capaces de **reconocerlo**.

La iniciativa es de Él. Se pone a caminar con nosotros porque así lo quiere. Deja a nuestra libertad si le admitimos, personal y comunitariamente, caminar a nuestro lado. Los de Emaús le dejan. Y resultará ser un regalo para ellos.

Con esa misma libertad podemos dejarnos acompañar por cada hermano, por la propia comunidad, por tantas otras personas, considerándolos un regalo en el que el propio Cristo se hace presente.

Se trata de *dejarnos acompañar* por *personas*:

-Con nuestra identidad, nuestra personalidad y nuestra historia personal, familiar, salesiana,

-Con nuestras cualidades y deficiencias, con nuestras esperanzas y proyectos, con nuestras ilusiones y desilusiones,

-Creyentes que, como nosotros, han recibido de Dios dones personales y cualidades (C 22).

Se trata de *sentirnos acompañados* por una *comunidad*:

-En la que recibimos hermanos a quienes amar y con las que estamos llamados a formar un solo corazón y una sola alma para ayudarnos unos a otros (C 50),

-Que se caracteriza por el *espíritu de familia* (C 51),

-En la que nos amamos hasta compartirlo todo en espíritu de familia y construimos la comunión de las personas (C 49).

Solo de esta manera, nuestros ojos podrán reconocer al Resucitado en todo ese conjunto de personas, relaciones, situaciones, que forman parte de nuestra vida ordinaria.

**4.- Jesús toma la iniciativa de preguntarnos**

Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se **detuvieron** con **aire entristecido**.

Y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el **único** **forastero** en Jerusalén que **no sabes lo que ha pasado** allí estos días?».

Los discípulos de Emaús no han reconocido a Jesús. Se detienen, están tristes, se extrañan que el peregrino no sepa lo que ha pasado.

De la misma manera, si nosotros no reconocemos a Jesús acompañándonos de tantas maneras, en tantas personas:

-Nos quedaremos parados, anclados en nuestras tristezas, decepciones,

-Consideraremos al otro como forastero de la propia vida,

-Le juzgaremos como el único que no sabe, no entiende, o comprende…”

-Nos creeremos ser los que sabemos lo que está pasando.

Y entonces nos detenemos entristecidos en nuestros análisis de realidad:

-Lo mal que actúan los demás,

-Lo mal que van las cosas, las vocaciones, la Iglesia, la comunidad, los laicos, los jóvenes, este hermano, el otro y el de más allá,

-Asumiendo el silencio, la apariencia, la simple cortesía o buena educación,

-Juzgando y clasificando a las personas y la vida por la eficacia, por lo que se hace, por lo que se debería hacer, por…

Necesitamos algo de luz para conocer la voluntad de Dios en los acontecimientos y las personas que nos rodean (C 87) y crecer personalmente como hombres de oración que expresamos en lo íntimo nuestro modo personal de ser hijos de Dios, le demostramos gratitud y le confiamos nuestros deseos y preocupaciones apostólicas (C 93).

**5.- Jesús dialoga con nosotros en la escucha activa y la propuesta de nuevos horizontes**

Él les dijo: «¿Qué?».

Ellos le contestaron: «**Lo de Jesús el Nazareno**, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron.

**Nosotros esperábamos** que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió.

Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro,  y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo.

Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero **a él no lo vieron**».

Estamos ante el párrafo más largo de la narración. Los discípulos de Emaús explican con detalle lo que ha sucedido, desde su propia experiencia. Realizan un amplio análisis de realidad, que como suele suceder, es un catálogo de malas noticias. “Nosotros esperábamos…”, dicen. Ni siquiera la noticia de la resurrección termina de ser buena noticia, porque “a Él no le vieron”. Igual que ellos, que teniéndolo al lado, siguen sin verlo, sin reconocerlo.

Jesús permanece en la escucha activa de lo que le dicen. Ha conseguido el objetivo que pretendía: establecer con ellos una comunicación. Sabe perfectamente lo que ha pasado, pero deja que se lo cuenten. Aunque tiene el soporte de la Escritura y todo lo que de Él se dice en ella, no les interrumpe. Respeta sus ritmos, sin prisas.

Optar por ser personas y comunidades abiertas a la escucha tiene sus exigencias:

-Acoger al hermano con corazón abierto, aceptarlo tal cual es, favorecer su maduración (C 52),

-Evitar las interferencias de los silencios, de la crítica, de los prejuicios,

-Hacer del bien de cada uno el bien de todos (C 76),

-Sentir como propias las necesidades de toda la Congregación, de la Iglesia y del mundo (C 76).

Entonces él les dijo:

«¡Qué **necios y torpes** sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?».  Y, **comenzando** **por Moisés y siguiendo por todos los profetas,** **les explicó** lo que se refería a él en todas las Escrituras.

Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «**Quédate con nosotros**, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos.

Hasta este momento, solo ha habido por parte de Jesús una escucha activa. Ahora es Él quien toma la palabra desde la Palabra. Y abre horizontes. No se compadece de los tristes caminantes, no se solidariza con ellos para hundirse Él también en la tristeza y la desesperanza. Llega a llamarles torpes y necios. Quiere sacarles de su lógica cerrada.Tiene un mensaje que transmitirles, una esperanza que llevarles.

Pero Jesús, al hablar, se aleja de la figura del maestro que todo lo que sabe, del juez que condena su ignorancia, del sacerdote que exige por delante la fe, del consejero que exige un cambio de actitud. Simplemente… explica. Abre horizontes enmarcando lo que sucede en los planes providentes de un Dios que quiere salvar a toda la humanidad.

Y lo hace con paciencia, repasando toda la ley de Moisés y todos los profetas. Lo hace testimonialmente, hasta lograr algo que los discípulos solo percibirán después: ¡hacer arder su corazón!

Y el efecto de la escucha activa y la propuesta abriendo horizontes, alcanza su meta: la comunicación entre las personas. Y de la comunicación se pasa a la convivencia: los de Emaús le piden: ¡quédate!

Nuestra felicidad se juega en gran parte en la calidad de las relaciones personales que establecemos. En nuestro caso, en la calidad de las relaciones con los hermanos de comunidad, con las personas con las que trabajamos. Y la calidad de dichas relaciones tiene mucho que ver con nuestra capacidad de diálogo: de escucha activa, de propuesta sugerente. Solo desde el diálogo se llegará a la auténtica convivencia. Y se pasará de la simple vida en común a la comunión de vida. Entonces sí que tendrá pleno sentido sentarnos juntos a partir el pan.

Nuestras relaciones personales tienen calidad cuando son cálidas, es decir:

-Cuando están hechas de empatía y escucha activa del otro,

-Cuando no pretenden adivinar lo que nos quiere decir, ni buscar segundas intenciones en lo que nos dice,

-Cuando hablamos con sinceridad, buscando antes el bien de los demás que el nuestro,

-Cuando somos personas facilitadoras, y proponemos soluciones, y no recrudecer los conflictos.

Es entonces cuando, aunque no lo reconozcamos explícitamente, sentimos al Resucitado presente en medio de nosotros, Y es entonces cuando:

-Apetece quedarse, apetece reunirnos en comunidades donde compartimos todo en espíritu de familia y construimos la comunión de personas (C 49),

-En clima de amistad fraterna, nos comunicamos alegrías y penas y compartimos proyectos apostólicos (C 51),

-Somos capaces de compartir nuestra vida comunitaria, de acoger a seglares y miembros de la Familia Salesiana (C 56).

**6.- Jesús nos sirve en una mesa de nuevos sabores y nos convierte en sus felices testigos**

**Sentado a la mesa** con ellos, **tomó el pan**, pronunció la **bendición**, lo **partió** y se lo iba dando. A ellos se les **abrieron los ojos** y **lo reconocieron**. Pero él **desapareció de su vista**.

El mismo caminante que se puso a caminar espontáneamente con ellos, que parecía ser el único forastero que no estaba al día de lo que había sucedido, que compartió su visión de la realidad desde las Escrituras, que ha aceptado su invitación a hacer noche en su casa antes de proseguir su camino… es ahora el que **se sienta a la mesa** y les **reparte el pan**. Se ha convertido poco a poco en el protagonista de la escena.

Ese mismo caminante será reconocido por los de Emaús como aquel de quien ellos *esperaban* otra cosa. Y los mismos *ojos* que no conseguían reconocerle durante el camino, son los que ahora *dejan de verle* una vez reconocido como el Resucitado.

Cada día, como comunidad, estamos invitados a la mesa del Señor, una mesa con un nuevo sabor: el de la Fe, el de la Felicidad. Una mesa eucarística:

-que es el lugar privilegiado de la escucha de la Palabra, y el acto central de cada día para la comunidad, que lo celebra como una fiesta (C 88),

-en la que la comunidad se construye como comunión fraterna y renueva su compromiso apostólico (C 88),

-a la que iniciamos en su participación activa y consciente a los jóvenes (C 36).

Y se dijeron el uno al otro: «¿No **ardía nuestro corazón** mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?».

Y, **levantándose en aquel momento**, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros,  que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron **lo que les había pasado por el camino** y cómo lo habían **reconocido al partir el pan**.

La cena queda interrumpida para los de Emaús. No necesitan ver más, oír más, descansar de su viaje de vuelta a casa. Ésta se le queda pequeña, después de lo que han visto y oído. Después de a quien han visto y oído. Su corazón ya ardía mientras Él les hablaba. Ahora ese fuego se ha hecho sentir cuando Él les ha partido y repartido el pan. Y el fuego sustituye la presencia física del Resucitado, y les convierte a ellos en sus testigos felices.

El camino se reinicia de nuevo. Vuelven al punto de partida, habiendo gustado el sabor de la felicidad de experimentar que Cristo vive, que ha resucitado. Vuelven a encontrarse con la comunidad donde compartir la misma experiencia del Señor resucitado. Y en ella, alegres, ofrecen su experiencia de reconocimiento del Señor a lo largo del camino y en la fracción del pan.

La mesa compartida en comunidad nos devuelve el sabor de la felicidad:

-El sabor del pan *partido con y repartido,*

-El sabor de la *bendición*,

-El sabor de los *ojos abiertos* al descubrimiento del otro,

-El sabor del *reconocimiento* personal,

-El sabor que anima a *levantarse*, a volver,

-El sabor que deja atrás la tristeza del relato, de la frustración, de la huida.

Quizás debamos *recuperar el sabor de nuestras eucaristías*, quizá debamos abrir más nuestros ojos para descubrir, en el pan partido, al Señor resucitado. Y en los hermanos que comparten nuestra mesa, a los compañeros de camino con quienes vivimos la experiencia de nuestro encuentro con el Señor y nuestra tarea e testigos suyos entre los jóvenes.

Quizá encontremos e*l eco del nuevo sabor eucarístico* cuando:

-Nos amemos hasta compartirlo todo en espíritu de familia,

-Construyamos la comunión de las personas,

-Encontremos en la convivencia con los hermanos, la respuesta a las aspiraciones profundas del corazón,

-Nos hagamos para los jóvenes signos de amor y de unidad (C 49).

Es todo un proceso que nos exigirá:

-Salir de nuevo a los caminos de los jóvenes, de la vida,

-Levantarse y regresar a Jerusalén, aun siendo el lugar de malos recuerdos,

-Ponerse en camino… aunque ya ha caído la noche,

-Caminar al encuentro con los once y sus compañeros,

-Contar lo que nos ha pasado en nuestro camino y la experiencia de reconocer a Jesús,

-Captar los *valores* del mundo, sin quedarnos en las lamentaciones del tiempo –y de la comunidad– en que nos toca vivir, y aprovechar “todo lo bueno”,

-De estar siempre alegre, difundir la alegría y educar en el gozo de la vida cristiana (C17)

**7.- Epílogo.**

“Todo esto lo hacemos a ejemplo del Señor y siguiendo el método de su caridad de Buen Pastor (cf. C 11) en el camino de Emaús (cf. Lc 24, 13-36). Repetimos sus actitudes: tomamos la iniciativa del encuentro y nos ponemos al lado de los jóvenes; con ellos hacemos el camino escuchando y compartiendo sus inquietudes y anhelos; les explicamos con paciencia el exigente mensaje del Evangelio; y con ellos nos detenemos, para repetir el gesto de partir el pan y suscitar en ellos el ardor de la fe, que los transforma en testigos y anunciadores creíbles” (CG 23, 93).

Como salesianos, somos compañeros de camino de los jóvenes para llevarles a Cristo, el Señor resucitado. Nuestra tarea es acompañarles para que vivan la experiencia de encontrarse con Él y encontrar en Él el auténtico sabor de la felicidad y el sentido de sus vidas. Y desde esta experiencia, construirse como hombres nuevos. Y esto lo hacemos, nos dice el Capítulo General 23, desde la dinámica que siguió Jesús con los discípulos de Emaús, y que estamos recorriendo en este retiro.

Pues bien. Esta experiencia, que debemos hacer vivir a los jóvenes, es la que estamos llamados a vivir a diario con los compañeros habituales de camino, que son nuestros hermanos de comunidad. Difícilmente podremos transmitirla a los jóvenes si no la experimentamos a diario en comunidad, especialmente en la Eucaristía, cuando escuchamos juntos la Palabra que hace arder nuestro corazón, y cuando compartimos el pan de la hermandad y del perdón y el amor mutuo.

Una vez más, la orientación vocacional como coronamiento de nuestra labor educativo-pastoral con los jóvenes (C 37), pasa por la vivencia en fidelidad de nuestra propia vocación en comunión con los hermanos. Como los discípulos de Emaús, estamos invitados a salir de nuestras tristezas, inmovilismos, nuestros deseos y expectativas,… y acoger la novedad de la tumba vacía y del Señor Resucitado caminando a nuestro lado, paseándose por nuestra comunidad. Reconocerlo a diario cuando parte el pan, y buscarlo vivo y resucitado en los hermanos, en los jóvenes.